

LA LIEBRE

Matilde Cañizares Rute

La liebre

- ¡Ay! la he cogido, la he cogido.
- ¿Qué has cogido hijo?.
- Mira papá he cogido este conejo, mejor dicho, creo que es una liebre.
- Pues claro que es una liebre. Como ves, la liebre es un poquito más grande que el conejo.
- Me esta arañando, quiere irse.
- Claro, ella es más veloz que el conejo y su deseo es escapar de las garras de su apresador.

Aquel día fue un día muy emocionante para Manolo, que es como se llama el protagonista de esta historia. Vamos a ver como sucedió todo esto.

Cierto día, a principio de verano, estando en el campo con algunos familiares arrancando garbanzos, debajo de un arbusto encontró una liebre muy pequeña. Era tan pequeña que no sabía qué hacer con ella. Después de consultar a su familia, decidió llevarla a casa, así que, cuando llego a casa, hizo todo lo necesario para cuidar de su bebe liebre.

Lo primero que hizo fue mojar pan en leche y dárselo al pobre animal para que se alimentara, pero no había manera, el animal era tan pequeño que no sabía comer. Pero Manolo no se dio por vencido, pensó que con un biberón todo estaría arreglado. Manolo ordeñó un poquito de leche de una de las cabras y preparo un biberón y aquella liebre tan pequeña bebía como si no hubiera comido nunca.

Manolo seguía pensando dónde encontraría una cama para su bebé. Después de pensar un buen rato, llego a la conclusión de que un canasto con un trozo de saco encima sería la solución. A Manolo le gusto la idea y puso manos a la obra, así que, satisfecho con su trabajo, dejó que el animal descansara.

Ya habían transcurrido algunos días y ya no tenía casi sitio en la cesta, por eso había que hacer algo. A Manolo se le iluminaron los ojos y un rayo de luz pasó por su mente.

- Este animal se está haciendo muy grande, tengo que hacer algo. ¡Sí, ya lo tengo!, ya sé lo que tengo que hacer.

Manolo, sin pensarlo dos veces, cogió una cuerda y ató a la liebre: con una anilla de metal se las arregló como pudo para formar un collar para el cuello de la liebre y poderla atar en un huerto que tenían delante de la casa. Manolo estaba contento, su liebre estaba bien segura, podría andar y comer cosas del huerto, pues la cuerda que le había puesto era segura y podía moverse a gusto.

Por la mañana, cuando Manolo se levantó de la cama, lo primero que hizo fue ir a ver a su liebre. Pero, ¿cuál fue su sorpresa?. La liebre no estaba, ¿qué había pasado?. ¿alguien se la había llevado?. No se supo nada de ella. Cuando su padre se enteró de lo sucedido dijo a Manolo:

-No te preocupes, que si se ha ido por su cuenta ya volverá, tú la cuidabas muy bien, estate tranquilo que volverá.

En efecto, la liebre volvió, desgraciadamente para ella. Aquel mismo día, en las primeras horas de la tarde, Manolo estaba echado en un pequeño sofá, donde podía ver perfectamente si alguien entraba en casa. Manolo percibió como si alguien le estuviera mirando, levanto un poco la cabeza y miró hacia la puerta, ¡y miren!: Allí estaba la liebre con sus dos patitas delanteras alzadas, como queriendo entrar a donde estaba Manolo, ¡pero que fatalidad!. Vino una gran corriente de aire, cerrando la puerta de un gran portazo, el animal no pudo escapar y allí perdió la vida. Manolo no daba crédito a lo que sus ojos estaban viendo, quedo pálido, pero ya nada se podía hacer, pensó que aquel animal nunca debería haber vuelto.

La madre de Manolo que había oído el portazo salió de la cocina para ver si todo estaba bien, pero no tuvo que preguntar, al ver las consecuencias de aquel tremendo ruido. Cogió la liebre y la metió en la cocina, y ya podéis figuraros lo que paso con ella.

Matilde Cañizares